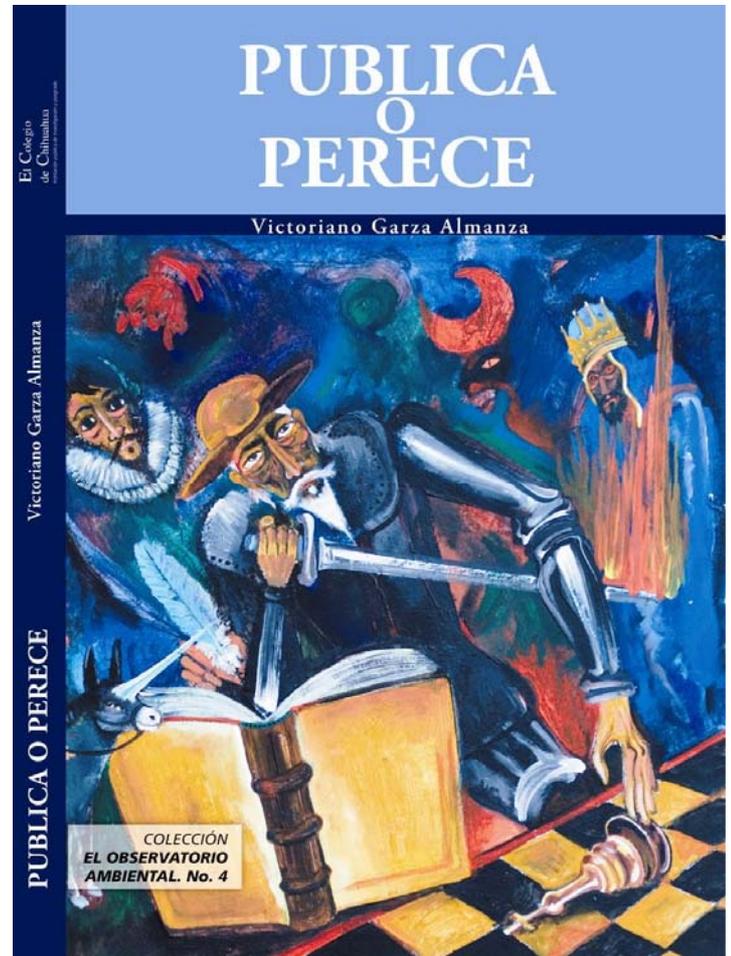


LOS MITOS SOBRE LA ESCRITURA EN LA UNIVERSIDAD¹

Victoriano Garza Almanza²

Desde hace aproximadamente cinco años comencé a impartir un curso taller de escritura científica y académica a profesores universitarios en algunas universidades públicas de México. Esto fue consecuencia de otro curso, uno sobre escritura de tesis de posgrado que he venido enseñando en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez desde 1997 a la fecha. Pero antes de eso, entre 1990 y 1995, ofrecí varios talleres de escritura científica y de escritura de propuestas de investigación como parte de mis actividades de asesoría en la Oficina de Campo de la Organización Panamericana de la Salud en El Paso, Texas, que tenían el propósito de fomentar las actividades de investigación y publicación científica en los sectores de salud y ambiente de la región fronteriza México-Estados Unidos.

A lo largo de todo este tiempo, dieciocho años ya, he tenido la oportunidad de trabajar con toda clase de profesionistas, desde arquitectos hasta veterinarios, pasando por ingenieros en



sistemas, ingenieros civiles, ingenieros industriales, ingenieros eléctricos y mecánicos, ingenieros mineros, licenciados en relaciones internacionales, sociólogos, químicos, psicólogos, agrónomos, biólogos, enfermeras y médicos, la mayoría de ellos con grado de maestría y no pocos con doctorado.

Aunque la enseñanza de la escritura especializada no ha sido el objetivo principal de mi trabajo profesional, pues mi desempeño cae en el

¹ Prólogo del libro *Publica o Perece: Escritura y publicación en la universidad*. El Colegio de Chihuahua; Cd. Juárez, México: 2009. ISBN: 978-968-92-2514-0. 292 p.

² Correo electrónico vgarza@uacj.mx

ámbito de la investigación y docencia de las ciencias ambientales, el ejercicio de la escritura sí es el eje central de todas mis actividades. No tengo la menor duda en afirmar que sin la escritura no hubiera obtenido lo que he alcanzado profesionalmente.

Casi nadie piensa así, de hecho, de acuerdo a lo que he observado en los cientos de asistentes a mis talleres, y esto es quizá el mito más importante sobre la escritura en México, la mayoría de los profesionales cree que saber escribir es igual a poder hacerlo cuando lo necesite; como si cualquiera que esté alfabetizado fuese un autor en potencia presto a liberar su fuerza creativa en cuanto tome pluma y papel. Luego, cuando surge la verdadera necesidad de escribir un artículo o una conferencia o un ensayo sencillo no sabe por donde empezar, y cuando comienza no entiende cómo ni a dónde seguir ni cómo hilvanar las ideas y expresarlas de forma que otros capten su mensaje.

La realidad es que cuando no hay quien nos guíe ni nos queda salida alguna, el aprendizaje se produce por tanteo, dándose uno de golpes contra la pared, mandando escritos a las revistas y recibiendo cartas de rechazo, hasta que la experiencia que se adquiere en este ensayar y errar lo habilita poco a poco a uno para redactar mejores textos, al menos para componer artículos que tengan

mayores probabilidades de ser revisados y aceptados, pero hasta ahí.

Debido a lo dicho en el párrafo anterior, otro de los mitos que he encontrado en el entorno universitario es la creencia de que los artículos científicos son la piedra de toque del quehacer científico y que, por lo mismo, son la única clase de trabajos que un investigador puede escribir y publicar. Sin duda alguna esa clase de textos tienen importancia primordial en la difusión del conocimiento científico de frontera, pues son la base del nuevo conocimiento que se producirá y de la innovación; sin embargo, no son el único recurso que queda al catedrático. Para que este último pueda dar cauce a sus pensamientos y experiencias existen muchas clases de textos que puede elaborar y publicar. De esto trata este libro, de la inmensa variedad de formas de documentos que rodean al profesor universitario y que a veces este no los percibe por pensar nada más que en el clásico artículo científico.

Un mito más es la creencia en la linealidad del proceso investigación – publicación, que va desde el desarrollo del estudio a la comunicación de los resultados, como si no existiera una etapa preinvestigativa y preescritural, ni una de post publicación, donde el antes y el después se enlazan mediante la práctica de la lectura – escritura.

Otro de los mitos reside en creer que para escribir y publicar en la universidad o desde la universidad hay que poseer doctorado, contar con nombramiento de investigador, tener laboratorio o estar adscrito a algún centro de investigación, y poseer al menos un proyecto de investigación financiado por alguna fundación o un mecenas de esta clase, como si toda la demás vida académica o experiencia práctica profesional no contara ni fuera fuente de información valiosa o tema de estudio para analizarla, reflexionarla y comunicarla.

Otro enorme mito también muy mexicano es la idea de que sólo escriben los *escritores*, aquellos que escriben novelas, cuentos, poemas y teatro; que los demás, como los *intelectuales*, que pueden ser historiadores, filósofos, médicos o científicos, o los *periodistas*, quienes diariamente plasman las noticias y las comunican por diversos medios, son como notarios que únicamente redactan papeles de trabajo cuando se les precisa. El verse y aceptarse a sí mismo como escritor de ciencia o de filosofía, de educación o de medicina, o de cualquier disciplina o arte, es uno de los mayores retos que tiene ante sí el académico. Cuando la imagen profesional de un científico o un docente está divorciada de la imagen del escritor, de acuerdo a los estudios de Larry Yore

sobre los científicos como escritores, el esfuerzo que hacen por comunicar por escrito sus hallazgos o ideas tiende a ser exageradamente especializado y escueto porque solamente piensan en una audiencia súper definida, donde el estilo, el lenguaje y la gramática son de interés secundario. Además, por lo que personalmente he advertido, este esfuerzo suele también ser muy sufrido para estas personas.

Un mito más reside en el pensar que lectura y escritura son fenómenos diferentes y totalmente separados. Es absurdo creer esto, sobre todo si quien lo piensa es un profesor universitario que debe estar actualizado en el tema que enseña, tomar notas al respecto, analizarlas, discutir las, desconstruirlas y reconstruirlas, y poner el ejemplo. La información entra por la lectura y fecunda las mentes que generarán nuevos conocimientos. Leer y escribir van de la mano, y si uno tropieza el otro cae.

En algún lugar leí que alguien una vez dijo “me gustaría ser para otros el maestro de escritura que siempre quise tener para mí”. Como estudiante universitario que fui y más tarde como profesional, tuve una gran necesidad de saber cómo expresar apropiadamente por escrito la experiencia de laboratorio y campo que estaba viviendo, así como la experiencia en la de docencia, y saber

discernir entre lo que debía y no debía escribir y cómo hacerlo. Como muchos, aprendí leyendo y viendo las estructuras de los textos de otros y siguiendo las formas. Fue un aprendizaje lento y con muchos vaivenes.

De tal forma, el querer aprender a escribir ciencia me condujo a la búsqueda y acopio de libros sobre la escritura científica. Comencé a estudiar el de Robert A. Day (*How to write and publish a scientific paper*), y, un cuarto de siglo después y con más de 250 libros revisados y más de un millar de artículos consultados sobre el tema, sigo haciéndolo; sin embargo, prácticamente todo ese material está en inglés, hay muy poco de ello en español. Es entendible, porque en los hechos la lengua oficial para la comunicación científica es el Inglés, pero esto no debe ser un pretexto para no emplear nuestra propia lengua, el Español, para difundir nuestras ideas y pensamientos entre aquellos que les está vedada la lectura de una segunda lengua.

Entre el buscar información para aprender yo mismo, y el preparar y ofrecer

cursos y talleres de escritura científica, comencé a elaborar mi propio material de enseñanza. De este punto a la preparación de una guía sólo fue dar un paso. No obstante, y debido a la gran cantidad de información y temas, el material que contiene el libro es meramente introductorio a la escritura en la universidad y da pauta para establecer una estrategia para la construcción y publicación de diversos textos.

Por último, debo mencionar que escribir es un verbo iterativo, la acción no empieza con una idea que se prolonga como un discurso que aterriza directamente en un final; por el contrario, se construye paso a paso, yendo hacia delante y hacia atrás, en diferentes momentos y con información que no cesa de producirse. Por lo demás, no hay que olvidar que a escribir se aprende escribiendo.

Frontera México – Estados Unidos
Diciembre del 2008

